

UN CASTILLO «A MANO»

Jorge Jiménez Esteban

Director de actos culturales

En nuestra mente está siempre la imagen de un castillo medieval, asociada a una edificación con muchas torres en lo alto de un montículo. Pero no siempre es así como sabemos. El caso del castillo del que voy a señalar lo corrobora. Ya es el momento de nombrarle: el castillo de La Alameda, cercano a Barajas, por lo que muchas veces se le ha nombrado equivocadamente castillo de Barajas, por estar en su distrito.

No voy a describir cómo es el castillo, quien mandó edificarlo, qué personas vivieron en él, cómo fue cambiando de dueños, etc. solo voy a contar mis impresiones a través del tiempo de este castillo que ha vuelto a la luz y a dejar de ser desconocido por la mayoría de los madrileños.

Mis primeros pasos por el castillo se remontan nada menos que a los primeros años de la década de los sesenta. Entonces la fortaleza estaba aislada en el campo, solo con la cercanía de los restos del antiguo pueblo de La Alameda y los famosos jardines de El Capricho.

Desde el pequeñísimo alcor, o más bien terraza donde se encuentra, se divisaban los cerros del otro lado del río Jarama, especialmente el monte alcaláino llamado Cuesta de Zulema o cerro de San Juan del Viso. Por lo tanto su divisibilidad era grande. Por este motivo en la Guerra Civil Española se instaló allí una casamata o nido de ametralladoras, dentro de las fortificaciones republicanas para defender la Línea del Jarama. El General Miaja instaló su mando en el palacio y ordenó construir un gran refugio subterráneo en sus jardines así como diversos puntos fortificados, entre ellos esta casamata.

Se veía un poco del castillo desde la llamada entonces «Carretera de Aragón» en el tramo conocido como «Autopista de Barajas» y mi interés creció cuando tuve en mis manos el Boletín de la AEAC, nº 47, del año 1964 en el que Fernando Jiménez de Gregorio escribió un artículo con un largo título: «Castillos, torres y fortalezas de la actual provincia de Madrid en los siglos XVI (1575) y XVIII (1778)» y en donde figuraba ya este castillo, aunque no venía foto alguna. Sepan ustedes que yo soy socio de la Asociación desde el año 1963 y que ésta fue una de las primeras revistas que recibí como miembro. Tenía entonces diecisiete años.

En un autobús llegué lo más cerca del castillo, pero tuve que ir andando y cruzar una trinchera para una vía de ferrocarril. Al final fui recompensado con la visión del castillo. Estaba en la más completa ruina. Destacaba entonces la torre esquinera, los restos de las dos cortinas o paños, el foso, que se mantenía relativamente bien, y grandes trozos de la barrera caídos. Tracé un croquis que luego perdí, pero me di cuenta de que al menos faltaba otra torre. El cercano panteón neo-mudéjar de los Fernán Núñez imponía, como ahora, respeto y no me fijé en la casamata por estar semi-enterrada.

El sol veraniego, la vegetación rala formada por «berceos» o avena silvestre, hierba común, y cardos presentaban un color amarillento y algo verdoso, junto al color blanco del sílex y piedra caliza con que se había edificado el castillo. Hacía y hace daño a la vista sus muros con el sol madrileño del estío. (Por eso ahora proporcionan paraguas a los visitantes...y no es broma).

No hay nada como el primer contacto con un castillo, lo que nos evoca, lo que la mente se dispara para ver por donde se entraba, cuáles eran sus defensas, qué pasaría entre sus muros...

Con el paso del tiempo volví al castillo de La Alameda, y con la ayuda de un amigo, Emiliano Martínez de Dios, se elaboró un plano, ya medido, donde como luego comprobé en los croquis del